

# LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

## LA PUERTA DEL AMOR.

### AVENTURA GALANTE DEL REY FELIPE IV.

#### I.º

Si os pesa de ser querida,  
yo no puedo no os querer:  
pesar habréis de tener  
mientras yo tuviere vida.

Si pudiendo conoceros,  
pudiera dejar de amaros,  
quisiera por no enojaros,  
poder dejar de quereros:  
mas, pues vos seréis querida  
mientras yo podré querer,  
pesar habréis de tener  
mientras yo tuviere vida.

Estos versos de Gaspar Gil Polo, famoso cisne del Turia, se hallaron en palacio una mañana, grabados en la puerta del aposento de una linda doncella hija del comendador don Luis de Acevedo: la cual era dama de la reina doña Isabel de Borbon, esposa de Felipe IV.

Mucho se habló en la corte acerca de tan extraño suceso. Quién lo consideraba rasgo de fina galantería del duque del Infantado, que segun voz y fama pública andaba muerto de amor por los ojos de la niña; y quién creía que era una de las aventuras secretas del rey Felipe IV.

Fundábanse los que tal decían en que el monarca miraba mas de lo que fuera razon á

la niña de Acevedo, y en que repetía á media voz, siempre que lograba ver el objeto de sus ansias y suspiros, aquellos tan sabidos versos del célebre don Pedro Calderon de la Barca, fenix de los ingenios españoles,

Con cada vez que te veo  
nueva admiracion me das;  
y cuando te miro mas,  
aun mas mirarte deseo.

En tanto que estas cosas se decían en la corte, rabiaba de celos el duque del Infantado. Aun no habia podido declarar su pena á la doncella, pues mil obstáculos se oponían á ello; pero un fino amor todo lo allana. Un dia entró en su palacio cierto hombre de mal aspecto. Los criados lo recibieron afablemente, y sin nadie saber por qué fué presentado al duque por su secretario. Lo que hablaron los dos es cosa que se ignora. Sin embargo, al salir el hombre misterioso se encontró con un amigo suyo que traía un pliego para el duque del Infantado, de parte del de Olivares, valido del rey.

—Hola, maese Pedro ¿por aquí tú? dijo el recién venido al recién llegado.

—Sí, respondió: me han llamado para componer unas cerraduras.

—¿Con que se trabaja en el oficio bastante?

—Lo suficiente para vivir y nada mas.

Dicho esto, se separaron los amigos. El criado de Olivares entregó los pliegos de su señor al duque del Infantado, y el cerrajero maese Pedro volvió á su tienda, donde con todo secreto comenzó á fabricar unas llaves falsas.

#### II.

El rey Felipe IV, enamorado, cada dia

mas, de la niña de Acevedo, no osaba decirle que la amaba como á su vida. Era hombre astuto y por eso temia perder con un paso indiscreto las esperanzas que alrigaba en su pecho. Valiase de mil ardidés para significarle su cariño y su constancia. Uno dé ellos era grabar en la puerta de su aposento algunos versos ó renglones que manifestasen el amor de una persona hácia ella; pero no su nombre, dejando á la suma perspicacia de la doncella adivinar el artificio de que se valia para mostrarle su querer.

Una noche habia empezado el regio amante á grabar en una de las puertas con la punta de su daga ciertos versos, cuando sintió ruido en la cerradura de una de las de aquel corredor del palacio. Deseoso de saber quién por un sitio tan desusado, en las altas horas de la noche, y en su mismo alcázar lograba penetrar, ocultóse detrás de una estatua para ver sin ser visto.

Con efecto abrióse la puerta, y entró por el corredor, no sin asombro del rey, el duque del Infantado, el cual no teniendo arbitrio para hablar al objeto de su amor, habia comenzado á hacer unas llaves falsas con el fin de sacar de ellas y llegar hasta el aposento del bien de su vida.

Apenas fué visto por Felipe IV, cuando sin poderse contener salió el monarca de su escondite, y llamando al capitán de su guarda mandó que prendiese al duque, y que lo encerrase en uno de los aposentos del palacio.

Consultó luego con el conde-duque de Olivares; y el valido le dió los consejos mas convenientes á su decoro y al amor que tenia á la preciosa doncella.

Al dia siguiente el duque salió de la corte en son de desterrado. Don Juan de Quiñones, presidente de los alcaldes, habiendo sabido por un criado del ministro, que maese Pedro era quien construyó las llaves falsas que facilitaron al duque la entrada en palacio, lo llamó con engaños á su casa; y allí despues de haberle dado tormento y averiguado el caso, dispuso que secretamente sufriese la pena de su culpa en garrote.

Al otro dia se halló en las puertas del aposento de la linda doncella una inscripcion que decia: *Siempre sigo los consejos de los grandes hombres. Yo porfio en mi amor y he de porfiar. Calderon está escribiendo una comedia con este título: PORFIANDO VENCE AMOR.*

El rey Felipe IV se puso desde aquel dia una vanda de color verde esperanza.

A. DE C.



Hoy, que esta ciudad de Italia escita la curiosidad pública por ser la residencia del Papa, á consecuencia de los acontecimientos que todos saben, no serán tal vez desagradables algunas noticias sobre su origen i antigüedad.

En la obra titulada *Suplemento de las Crónicas del mundo, sacado de lengua latina i toscana en este presente vulgar castellano por Mossen Narcis Viñoles*, impresa en Valencia en 1510, hablando de los acontecimientos de la época oscura de Eneas, principe Troyano, se lee lo siguiente:

«Gaeta Cibdad, en estos tiempos ovo principio de Eneas troiano y llamola Gaeta en latin: por Gayeta su ama, la qual llevo consigo y murio en aquel lugar como ay virgilio en el principio del libro sexto de la eneyda: y ay desta Cibdad a terracina obra de XX millas, y es un muy lindo puerto, y es un lugar muy alto con muchas fuentes, de cidros y pomas y naranjas y limones en grande abundancia, y aunque sea pequena Cibdad, empero es quanto se puede decir linda y graciosa, y so el potentissimo imperio de Napoles es oy sojuzgada, la qual ya con grandissimas guerras ganaron, y ginoveses la dieron a Filipo Duque de Milan como diremos en el libro XV adelante. Y luego en el libro 13 i año 1455 del nacimiento de Crisostomo así: «Los Ginoveses en este año como yo ay como rey de Aragon cruelmente la Cibdad de Gayeta: la qual era muy fuertemente defendida por los mercaderes armaron XII naves y XXXV soldados con voluntad favor y ayuda del Duque Felipo queles era Señor: y assi las envia-

(\*) Debemos el presente artículo á la amabilidad de nuestro ilustrado amigo el Sr. D. L. de L., persona tan ventajosamente conocida por sus producciones literarias. Creemos que sera leído con agrado no solo por esta circunstancia, sino tambien por el interés que hoy tiene quanto se refiere á Gaeta.

roa todas para ayudar aquella Cibdad y a sus mercaderes: los quales la defendian contra del Rey Alonso. y aviendo desto Alonso noticia, puesta en orden una grande armada: convoco muchos principes y reyes y con aquella armada y favor de aquellos les salio al encuentro. y travando juntos la una armada con la otra duro X Oras con muy gran derramamiento de sangre de la una parte y de la otra. y finalmente vencieron los dichos Ginoveses. y tomaron en aquella pelea a Alonso con dos hermanos suyos.... y infinitos otros principes duques y señores. Y todos o la mayor parte fueron llevados presos al Duque Felipo a Milan: el qual Felipo siendo liberalissimo gracioso y magnanimo: por ganar fama y renombre sempiterno: no los recibio como a enemigos ni prisioneros. mas como a Reyes Principes y Señores y despues de pocos dias con muchos presentes y dadas los dexo francamente bolver en sus tierras: y assi bolviendo Alonso en el Reyno gano a Gayeta: por donde los Ginoveses enojados porque el Duque Felipo assi livianamente avia soltado a sus enenigos.... luego se levantaron en armas y rebelaronse de la obediencia del Duque. y echaron de Genova todos los suyos y reducieronse en libertad. aunque avian sido suzuzgados del Duque Felipo XIII años: y por mejor mantenerse en libertad eligieron entre ellos seys cibdadanos antiguos principales y muy prudentes los cuales antiessen liberal cuydado de defender la Cibdad &c.)

Hasta aquí la antigua leyenda, que hemos copiado con su misma ortografía; i que será conocida de pocos, por ser de libro harto raro en nuestros días. Pero otros autores, así antiguos como modernos, difieren grandemente sobre el origen de esta ciudad i de su nombre. *Gayeta* fué nodriza de Eneas, si se ha de creer á Virgilio: mas otros afirman que no lo fué sino de su esposa Creusa ó de su hijo Ascanio. Hai quien escribe que las naves de los Trovanos fueron incendiadas en aquel parage, al cual con este motivo se le llamó *Caieta*, de un verbo griego de igual sonido que significa quemar. Algunos aseguran que le dió nombre un tal *Acta*, Rei de la Colquida (ó sea Mingrelia); otros en fin lo hacen derivar de la ensenada que forma su puerto, á la cual los Lacedemonios llamaban *Kaia*.

Aparte de la oscuridad i contradicción que resultan de dichas opiniones sobre el principio de este pueblo i las diversas etimologías de su nombre, cualquiera de ellas que sea la cierta (si

lo es alguna), parece que en lo que no cabe duda, segun todos los autores de obras geográficas, es en que Gaeta se considera como una de las más lindas, antiguas i fuertes ciudades del reino de Nápoles, i llave suya en las fronteras del Estado eclesiástico, con hermoso i cómodo puerto, situada á 15 leguas de la capital i 28 S. E. de Roma. Aumenta su nombradía el haber sido cuna del sabio Tomás de Vío, por sobrenombre de localidad Gaetano en castellano i Cayetanus en latin, Obispo de aquella su patria, Cardenal despues, i famoso escritor teólogo del siglo XVI.

En las vicisitudes de los gefes supremos de la Iglesia; en las ambiciones de los conquistadores de la tierra; ora abriendo sus puertas hospitalarias á la desgracia; ora sucumbiendo á las armas ó intereses de varias naciones, ó recobrando valerosamente su independencia, Gaeta ha llamado muchas veces la atencion de la Europa entera en los pasados siglos: hoi se fijan de nuevo sobre ella las miradas del mundo todo, en observacion de los sucesos que allí pasan, i en expectativa de los que se preparan i anuncian.

L. DE I.

## AL PORVENIR.

### MOVIMIENTO CONTINUO.

Hase creido aludido *El Porvenir* de Sevilla en la última nota que apareció en las columnas de *La Tertulia* relativa al movimiento continuo, y con cuyo motivo nos dedica un artículo sobre tan debatido punto, artículo que he leído con diligente observacion, y del cual voy á ocuparme con el debido detenimiento, no sin dar antes gracias á mi apreciable colega por haberme proporcionado la ocasion de volver á un debate del cual no creo quedar muy mal parado.

Comienza el diario sevillano diciendo que «está muy distante de creer que el hallazgo del Sr. Palomino deba ocupar la categoría de un artículo de fe.» Ya lo creo; pero lo que es peor, que ni de *esperanza*; si acaso, de *caridad*. Continúa nuestro cofrade: «Tampoco opinamos que es prudente desechar como inverosímil una invencion que no se conoce.» Si no hubiese yo espuesto las razones en las cuales me apoyaba para sustentar mi opinion, como lo hice en el artículo primero en que me ocupaba de este asunto, estaria bien el dicho de que no era prudente desechar como inverosímil una invencion que no se conoce; pero habiendo yo probado que el movimiento continuo jamás podia ser debido á un mecanismo, porque no podia dar lo que no poseia, ¿qué me importaba la invencion de la máquina, si estaba intimamente convencido de que esta no podia ser otra cosa que un conjunto de piezas inertes, dispuestas de tal ó cual modo, pero que por esto no habian de crear un movimiento de que carecian? ¿Se figura *El Porvenir* que puede existir un efecto sin causa que lo produzca? claro es que nó. Pues yo tampoco concibo cómo pueda haber movimiento sin agente ó fuerza; ni que pueda venir de aparato alguno mecánico por muy ingenioso que se le suponga. Ya lo manifestó en otra ocasion *La Tertulia*, y repito por si lo ha echado en olvido el periódico sevillano, que las máquinas son unicamente medios de que la ciencia se vale para transmitir, modificar, trasformar etc. la accion del motor, segun la naturaleza y el objeto á que se destine. Siendo, pues, un absurdo el pensamiento de hallar un efecto continuo sin causa, no habia menester para calificar tambien de tal la invencion, conocer el mecanismo del Sr. Palomino. Si le dijeran al *Porvenir* que en Cádiz habia cierta persona inventado una máquina, con cuyo auxilio se conseguia que uno ó dos hombres diesen impulso tal á un buque de la magnitud de los vapores de Sevilla ó del Puerto de Santa Maria que lo-graba con suma facilidad invertir dos ó tres horas en ir de aquí á Sevilla, ¿lo creeria posible nuestro colega? Le hago de tan buen sentido que desde luego estoy seguro no daría crédito á los que tal patraña afirmáran, aun cuando ignorase el mecanismo de que se hubiera servido el inventor. Sabiendo de cuanto es capaz la fuerza física del hombre, se cuidaría muy poco el diario sevillano de averiguar

si se hacia uso de rodaje, de bielas y manivelas, de tornos, de ruedas de paletas, ó si en el aparato entraban planos inclinados y tornillos, ó si de él hacian parte cuñas, garruchas y otros diversos organos.

Teniendo un limite la fuerza humana en todos sus modos de obrar, ningun medio de aplicacion conseguirá hacerlo traspasar, podrá favorecer el motor y obtener de él todo cuanto es capaz; pero este motor llegará á su máximum representado por un peso elevado á una altura en un tiempo de término, y como observa Culomb, ningun poder humano podrá hacerlo producir mayor efecto, sea cualquiera la máquina de que hagamos uso.

Pero agrega *El Porvenir* que «tal vez la dificultad consista en impropiedades filológicas, porque el Sr. Palomino use para espresar su idea de vocablos no correspondientes.» Por manera que tal vez el Sr. Palomino no conociendo el valor de las palabras, haya querido significar reposo continuo en lugar de movimiento, en cuyo caso no dudo un instante de la invencion.

Pero es el caso que como todas las cuestiones del mundo versan sobre alguna ó algunas ideas, y estas en todas las lenguas tienen sus voces para espresarlas, podia el Sr. Palomino haber explicado al público lo que él entendia por *movimiento continuo*, y si era distinta cosa de la que comprendian los mecánicos, nos hubiera aborradado al *Porvenir* y á la *Tertulia* el trabajo que nos hemos tomado, tal vez por una equivocacion de palabras. Pero en tanto que se persista en hacer uso del vocablo *movimiento continuo*, que antes que nosotros empleó nuestro estimable colega, no cesaremos de clamar contra lamaño absurdo.

Dejaré ahora hablar al periódico sevillano para continuar analizando su artículo. «El movimiento continuo, agrega, podrá ser una paradoja en teoria y aun en práctica.» Aquí tiene aplicacion aquel dicho ó sentencia: á *confesion de parte, reteracion de pruebas*. Si ese hallazgo es una paradoja en la teoria y en la práctica ¿dónde dejará de serlo? Quizá en la imaginacion; porque en ella caben todas las fantasias; y entre estas debiera contar el admirable invento de que me ocupo.

Ahora viene el trozo mas importante del artículo que examino, y en el cual desearia fijasen bien su atencion nuestros queridos lectores. Es como sigue: «quién se atreverá á

negar que el entendimiento humano tiene capacidad suficiente para hacer tales adelantos en la Estática, que un agente, hoy casi nulo y sobre todo poco costoso, produzca dobles y triples resultados que los que ahora proporciona el aire y el vapor.» Estas pocas palabras me hacen comprender que no es la mecánica el fuerte de nuestro ilustrado colega: y cuenta que en esto no le infiero ofensa alguna, porque un periódico político no es una enciclopedia. ¿Que tiene que hacer la estática con los efectos producidos por los agentes? La Estática, únicamente trata de las condiciones de equilibrio de la fuerza, y no de los resultados de los agentes. Si en la Estática es donde ha hecho el Sr. Palomino esos adelantos de que habla el *Porvenir*, no habrá sido el movimiento sino el equilibrio continuo, el descubierto por tan célebre mecánico. Pero caso de ser un agente, como se colige de estas últimas expresiones de nuestro colega, ¿por qué no lo advirtió desde el principio y hubiera tomado otro sesgo la cuestión? No conoce que esa idea se halla en contradicción con la que espuso en su primer artículo? Entonces dijo que había obtenido el Sr. Palomino el movimiento continuo con el auxilio de una máquina que levantaba 640 mil arrobas; y ahora parece que debe ser un agente casi nulo y sobre todo poco costoso. Aun en esta hipótesis para que no cesara el movimiento era preciso que se renovase la acción, porque las pérdidas ocasionadas por el rozamiento y demás resistencias pasivas no podría destruirla el Sr. Palomino, aun cuando tuviera de Watt. Dispéñenos *El Porvenir*, pero ha de saber que en las palabras arriba citadas se encuentra una herejía en mecánica, que tal vez no la haya echado de ver. Me refiero al nuevo principio por él establecido de que un agente casi nulo pueda producir un efecto doble ó triple del que ahora proporciona el aire ó el vapor. Ha de saber que tal principio contraría una ley reconocida por la ciencia y que la razón dicta, á saber: que todo efecto mecánico es proporcional al poder del motor empleado para producirlo. Un efecto mecánico cualquiera, como levantar una cantidad de agua á cierta altura, moler determinada cantidad de trigo, exigen rigurosamente un gasto de fuerza motriz para producirlo; y toda vez que se desee obtener un efecto duplo ó triple se necesita un gasto doble ó triple de dicho motor. Luego si fuere este casi nulo también deberá serlo el resulta-

do obtenido: porque el gasto de fuerza no ha de nacer de la máquina, por las razones ya espuestas, sino únicamente del motor, atendido á que en él solo se encuentran las condiciones rigurosas del poder, esto es, movimiento natural dependiente de su naturaleza ó facultad inherente de producirlo.

Añade nuestro colega, «que basta esa posibilidad (posibilidad que acabo de probar no existe) para que cualquier persona sensata no se atreva á decidir magistralmente *á priori* y guarde una cauta reserva sobre particularidades de tal magnitud.» Ya en otra ocasión le he hecho patente que no soy yo quien decide tal cuestión magistralmente, sino todos los autores reputados por eminentes mecánicos. Tómese aquel periódico el trabajo de ver lo que dicen Cristian, Poncelet, Borguis, el baron Dupon, Poisson y otros muchos y se convencerá que no he andado ligero como piensa al atacar un invento, que no pasa de ser un sueño, y que él es quien ha pecado en el defecto que me atribuye al acoger en su periódico el pensamiento del Sr. Palomino, sin la madurez y reflexión que pide cualquier asunto científico.

Cree dicho diario que mi repulsa, que llama irreflexiva, puede cubrirme, andando el tiempo, de la vergüenza del ridículo. Me figuro que no ha de tardar mucho en saberse si es *El Porvenir* ó *La Tertulia* quien ha de recoger el ridículo.

No contento nuestro estimado colega con amenazarnos con el ridículo que nos aguarda, esclama, como para dar fuerza á sus razones: «El Sr. Palomino ha obtenido del gobierno un privilegio esclusivo para quince años: su máquina se está construyendo por operarios inteligentes: personas honradas la han reconocido y opinan en favor de la certeza del descubrimiento, etc.» Extraño es que ignore el adalid del Sr. Palomino que los privilegios concedidos por los gobiernos no tienen fuerza alguna para la ciencia, y que un privilegio no es una razón. ¿Cuántas y cuántas veces se conceden á los que lo solicitan aun cuando sean descabellados y quiméricos proyectos? Esa concesion ningún trabajo cuesta, ni de ella se sigue perjuicio alguno; si el descubridor hubiera alcanzado una patente de invención espedita por el Conservatorio de Artes podría significar algo; y aun así habria sus trabajos, pues es fama que muchos peluqueros la han obtenido por el invento de pomadas que hacian

## EL PAVO SE.

nacer el pelo á los calvos, y hasta ahora no hemos presenciado ni un solo caso de tan conveniente milagro. En cuanto á que estén construyendo la notable máquina operarios inteligentes no tengo dificultad en creerla; pero pienso que eso no prueba otra cosa sino que los operarios acuden á donde les paguen su trabajo sin cuidarse de si ha de sacar honra y provecho el jefe que los dirija, toda vez que estén bien recompensados. Con respecto á la observación de nuestro colega de que el mecanismo lo han reconocido personas honradas y que opinan en favor de la certeza del descubrimiento, permítame le diga que la honradez no está reunida con la credulidad; y que las pruebas de virtud no son una hoja de servicios científicos ni literarios. Continúa así exclamando el defensor del mecánico sevillano: «quién será tanto orgulloso para decir que todos se engañan, porque repugna á su amor propio confesar que él mismo tal vez sea el engañado?» Este apóstrofe viene sin duda enderezado á mi pobre persona. Es esta una de las figuras retóricas más hermosas y propias para conmover los ánimos: pero no la más á propósito en los debates científicos para arrancar el convencimiento. No he afirmado jamás que todo el mundo se engaña, excepto yo; antes bien al sustentar mi opinión, sin embargo de que lo hice desde el principio apoyado en razones incontestables, manifesté que estaba á mi favor la autoridad de multitud de ilustres autores de mecánica así racional como industrial. Además tanto en Cádiz como en Sevilla la mayor parte de las personas entendidas son de mi parecer en el asunto de que se trata, y prueba de ello el haber trasladado á sus columnas varios ilustrados periódicos algunos de mis artículos referentes al movimiento.

Antes de concluir debo manifestar á mi enojado colega que no es mi amor propio el que me impide confesar me haya engañado, sino mi razón que no es patrimonio de mi voluntad, y la ciencia á que he consagrado muchos años de mi vida y el unánime parecer en esta materia de todos los autores tanto españoles como extranjeros.

J. R.

Hallábame, querido lector, el último día de Pascuas distraído en un inocente entretenimiento. Supongo que te echarás á adivinar cuál sería la causa de mi ocupación. Si pensaste que me distraía en romper folletines de apasionadas é hidrofóbicas críticas teatrales, para hacer pajaritas, te engañaste; si me juzgaste quemando la parte babilónica de algún periódico v.g. de la Antorcha que redacta Cubi, para jugar á las monjas, no tuviste acierto; y no te engañaste menos si me creíste entretenido en arreglar económicamente nuestras contribuciones, ó la que es lo mismo, en hacer castillitos de cartas, pues ambas cosas son formar castillos en el aire. No, señor: me tenía en abstracción completa un pavo, guapísimo sugeto á quien amo en el plato y á quien le doy todas las mercedes que en sí lleva cuando se halla cebon. Tenialo ante mí, como tiene una coqueta á un enamorado, es decir, yo sabiendo lo que le iba á pasar á él, y él como tonto en vísperas. La voz del gallego me sacó de mi abstracción y al mirarlo armado del cuchillo *pateado* le lice retirar, pues en aquel momento se me ocurrió filosofar con el grave huésped.

Solos y hechos amigos el susodicho y yo, me arrellané en mi silla, encendi un cigarro, y comencé á dialogar de este modo. ¿Qué es un pavo? un pavo es un ave. Pero las aves vuelan, y el pavo no vuela, luego no es ave. ¿Será un cuadrúpedo? los cuadrúpedos tienen cuatro pies, y el pavo dos, luego es bípedo. ¿A qué clase de bípedo podrá pertenecer, á la racional ó irracional? ¿A la irracional! compáremoslo con el mico: no, que el mico tiene cola, y el pavo cola. ¿Que bípedo hay que...? ¿La mujer en traje de corte: el pavo es bípedo y tiene cola, luego el pavo (con permiso de ustedes) es mujer. Las mujeres reunidas hablan y no se las entiende, á los pavos tampoco se les entiende: cierto, fijo. Pero la mujer es el ser más hermoso de la creación (mejorando los presentes) y el pavo es feo como un botanote; pues señor, nada, el pavo no es mujer. Los hombres son bípedos y gastan cola, y hablan y no se entienden ni aun ellos mismos, y como los pavos riñen y pertenecen al

sexo feo; pues, señor, el pavo es hombre. Analicémos, busquémos sus perfectas semejanzas para no hallarnos luego chasqueados. El pavo es caviloso: ¿no lo es el empleado cesante? sí. La autoridad marcha con paso grave: ¿quién le niega la gravedad al pavo? nadie. El viudo que hereda, moquea sin llorar: ¿el pavo viudo sin llorar, no enseña el moco? El pavo tiene alas y no las disfruta: ¿quién dice que el avaro poderoso disfruta las riquezas que atesora? Maldita la vergüenza que el pavo tiene, y se pone colorado: el hipócrita sin sentir rubor, se pone colorado como un pavo. El pavo hace la rueda: pues chica es la rueda que le hace el adulador á todo el que le puede dar. Y finalmente, cuando mas pavean los pavos por calles y plazas, y chillan y aletean es por Pascuas, por el tiempo del turrón: ¿á ver si en esto no son pavos muchos políticos! pues si los hombres son políticos y los políticos son pavos, pavos son los hombres y hombre el pavo.

Embebido en semejantes cavilaciones, vino á sorprenderme una mano que se me puso sobre el hombro: vuelvo la cara y ¡oh placer! saben ustedes de quién era la mano? de mi amigo Manuel. ¿Manuel? me dirán ustedes: sí, señores, Manuel á quien conocerán si se acuerdan del Corto de genio. Lo invité á pasar á mi gabinete, y abandoné á mi huésped á las manos del fámulo cántabro, por acudir á la compañía de mi amigo... Misericordia de la vida! luego que me sirvió mi pobre pavo para filosofar, lo entregué en manos de su verdugo: ¡qué humanidad tan inhumana! ley de la frágil vida, mientras el árbol hace sombra se le riega, luego que se seca, se le quema: á todas nuestras pasiones, á todos nuestros caprichos solemos dar el pago que le di á mi pavo. No olvidad á mi pavo, amables suscriptoras: suscriptoras amables, cuando peléis la pava, acordad de mi pavo.

Entramos en nuestro gabinete mi amigo Manuel y yo. Y luego de tomar asiento y de mirarnos de hito en hito, puso mi amigo la cara mas jeremiaca del mundo, colocando sus pies en el felpudo huyendo de la humedad, y me dijo: «Has de saber, querido Pepe de mi alma, que vengo á desahogarme, á que me oigas, si pero con la condicion que no me saques luego á pública subasta. Pues señor, ya sabes que mi amada Elisa fué á un pueblo de campo á principios del mes que corre: corrido corri tras ella, pues un amante aunque se corra, corre si

va corriendo la que le hace correr amor por las venas. Llegó la noche buena, y fui convidado á una buñolada á la casa de un ricacho del pueblo, hombre tan franco como soez: Neron en obsequiar y Atila en exigir. Pues señor, apenas caía la tarde, catame en la casa entre un sin número de señoras y caballeros, todos de buen humor, todos con apetito y todos con franqueza; yo era el único que me hallaba allí con el humor de un ministro caído, sin mas apetito que el que me dejarán descansar en un rincon, y con la franqueza de un inglés. El dueño de la casa, don Felipe, entró dando campanudos gritos y todos los concurrentes prorumpieron en vitores á él, que no hay cosa para ser vitoreados como dar convites ó distinciones ó dinero ó cosa que lo valga. Una criada con mas barbas que una mazorca, con brazos de cavador, cabeza de Euménides, cuello de cerdo, sin mas talle que el del pescuezo y cuerpo á flor de vara, entró trayendo un velón con honores de torre chinesca, adornado con siete piqueras capaz cada una de asar un carnero, é iluminó la habitación dejándome á mí á oscuras, merced á un pisoton de esos que solo se reciben una vez en la vida.

Luego que la señora de la casa pasó lista á las caras, hizo seña á sus escogidos para que la siguiesen, siendo yo contado en este número.

Llegamos á un salon y la señora nuestra repartió la parada, unos fueron á componer las mesas, otros á templar los instrumentos y á mí me tocó en suerte la propagacion de las luces, esto es, encender el Nacimiento. Para todo quizás habré nacido yo menos para sacristan; sin embargo, vagué largo tiempo por la sala oscura como el alma en pena de un pescador, abroncado y con una cana en la mano. Encendí mi cerillo, y cuando ya llevaba una araña de hoja de lata á medio iluminar, siento pasos de puntillas y me veo asomada á la puerta á mi bella Elisa: ¡qué dulce sorpresa! estaba convidada sin saberlo yo; qué pasaría por mí lo ignoro, la saludé, se sonrió y al influjo de aquella sonrisa me pareció iluminarse el salon de una manera admirable, ¡oh y cuánto alumbran los ojos de una hermosa! pero esta dió un grito y huyó precipitada. Sentí un calor estremado ¿será que el amor me habrá echado á la zona torrida? ¡Oh fatalidad! no, es que en mi distraccion dejé el cerillo encendido en las yerbas del Nacimiento y se está ejecutando la segun-

da edicion de Moscow. Hasta entonces no habia yo visto arder la yerba, ¿y sabes que arde como el rabo de un diablo? las llamas tomaban incremento y las telarañas del techo se perdieron entre una nube de humo: ¿qué hacer? al monte. Di un salto, y me agarré al monte; pero no bien me hube asido, cuando se vino tras mí un armatoste de papel encolado, y una lluvia de pastores. Cuando acudió la concurrencia me hallaron en el suelo, tendido de espaldas, con el monte encima, hecho lo que se llama una tortuga; nadie reparó en mí, sino en el fuego. El cual lo estinguieron con varios cubos de agua; es decir nos estinguieron, pues yo la recibí de cuenta y mitad con el Nacimiento. Hubo exclamaciones, improprios y denuestos contra el autor de tamaño atentado. ¡Ay Pepe! si vieras qué deseos tenia de tomar el olivo. Pero nada, salí y D. Felipe se me rió en las barbas, su señora me miró de reojo, los chiquillos me hicieron figuras inspirados por el coraje, y todas las jóvenes de la reunion, Elisa inclusive, me tomaron por punto de moda.

Últimamente, repuestos algun tanto del susto, se volvió á componer como mejor se pudo el Nacimiento, haciéndome tomar parte en la colocacion de las figuras que habian huido de aquella moderna Troya. Si, volvimos á poner inmediato al portal á los negritos bailando y á Herodes sentado en su sillón como si lo estuvieran afeitando. Colocamos á los Reyes magos en el lugar que habian perdido, cosa que parecia mentira atendiendo á lo destrozado que estaba el monte. Volvimos á poner al lado del ascalonita los animalitos que antes le rodeaban: ¡ocurrencia es rodear un rey de animales!

Adán y Eva, que tuvieron vergüenza del fuego y se escondieron, tornaron á la escena con el ítem de la muñeca de la niña vestida al uso del día, que les hacia compañía. Y cuando dejamos á cada anacronismo en su lugar, vino la criada de las barbas con el anafe y la sarten. «Los buñuelos» dijo D. Felipe, y «los buñuelos» repitieron todos. Se comenzó á freir el aceite, y comenzamos todos á toser como desesperados; pero todo lo quita una toma de panadereta y una unción de zambomba. Yo no sabia lo que era una zambomba, pero lo supe, pues me la pusieron para que la tocara. Es decir, cargué con media tinaja de Coria, y á ruegos de la concurrencia dejé todo el pellejo de la mano por trofeo del malvado carrizo.

«¡Qué diversion!» gritaban todos, y yo tambien tenia que decir «¡qué diversion!» «Ahora cada uno haga su buñuelo,» dijo una voz, y me tocó hacer el mio. Envainé mi mano en la masa, y ¡prum! al aceite; arrojé la pellada con tal ímpetu y de tal altura, que nos mostró la sarten el fondo; á la media hora tenia la cara como un virolento; me lavaron con agua fria y luego me hicieron comer el buñuelo engendro que habia yo hecho. No he visto en mi vida una manufactura frita mas colosal; no era buñuelo, era un sombrero de tres picos por un lado, por el otro una hogaza con un rabo de figura de mano de mortero; no bien le di entrada en mi estómago, cuando tuve que saltar atropellando en mi tránsito al papá de mi Elisa, que cayó de asentaderas sobre la zambomba que quedó sin pergamino. Salí á la antesala y cogí un sombrero, y luego de luchar con la criada que se empeñaba en que aguantase el juego, salí á la calle. Ya habia amanecido y se hallaban concurrísimas de gentes. ¡Ay Pepe! ¿por qué me miran y se rien los transeuntes? ¿por qué me ladrán los perros, y los chiquillos me siguen? en el espejo de una confiteria comprendí la causa; no llevaba mi sombrero, en mi atolondramiento me habia calado el sombrero de canoa de un ordenado que se hallaba en la reunion. Me fuí al muelle, fleté un barco, y aquí me tienes, despues de haber hecho cien mil destrozos, de no haberle hablado á mi novia, pero sabiendo á lo que le llaman la noche buena.

Calló mi amigo, y le hice que me acompañase á comer un fricasé sabroso, en el cual se ahogaron todos los pasados recuerdos. Costumbres hay raras en la sociedad, pero la de hacerle tocar la zambomba á un huésped y la de freir buñuelos en un estrado, es la rareza de las rarezas. ¿Pero yo me espanto de las rarezas, despues de escrito este artículo que tan lleno se halla de ellas? ¡Cómo ha de ser, no nos conocemos! Es artículo de Pascuas, trae los destrozos de todas las impresiones; así hagamos de él un fricasé, que me alegraré les aproveche.

J. S. P.